

JOTA;
MELODÍA HOMICIDA

Pepe Cantalejo

desacertada.com

Jota; melodía homicida

© Pepe Cantalejo

ISBN: 978-94-03-62497-6

cantalejo@desacertada.com

<https://desacertada.com>

Fotografía: Antonio Velázquez

Velázquez fotografía y Video

<http://www.velazquezfotografos.es>

Diseño de portada: Ricardo Muñoz Villalón

Revisión y corrección: Antonio Luis González Maravert

JOTA;
MELODÍA HOMICIDA

Pepe Cantalejo

desacertada.com

PREFACIO

POR FAVOR; LEE PRIMERO LA HISTORIA QUE AQUÍ TE TRAIGO Y LUEGO, AL FINAL, CUANDO LA HAYAS TERMINADO, ACUDE A ESTE PREFACIO.

Otra vez nos vemos ante una nueva narrativa de un mismo personaje. Aquel «un largo día» fue la antesala del mismo: Jota.

En ella apenas se mostraba la personalidad del protagonista de la historia. Aspecto que quedará muy remarcado en esta nueva entrega, aunque faltan rasgos por desvelar, y nuevos datos que aportar sobre los llamados hermanos; Quinet y Masao, cuya participación en la historia sigue siendo crucial para resolver una parte de ella, si no de toda. Por supuesto surgen nuevos personajes, pues siempre, quien hace el bien ha de tener oponente. Este no solo ansía la fórmula, también la venganza.

He de reconocerte que tuve que retocar a fondo esta melodía para que siguiese los pasos anteriores. En la trama anterior la única cuestión era la de querer librarse de un secuestro —aunque confluyen varias líneas a un mismo hecho —, y eso daba opciones a interpretar varias sendas de lectura.

Tras la lectura de “Jota; un largo día”, mi compañero y amigo, Pepe Baco Navarro, me habló de otra opción de lectura del libro que precede a esta melodía homicida: Leer el prefacio al final de la historia para, de esta manera, tal vez, reconocer mejor el motivo que mece a esta historia. De nuevo te pido que si no me hiciste caso en dejar el prefacio para el final ahora sí

lo hagas.

Mientras que mi anterior propuesta, como ya dije, solo se posaba sobre un asunto, en esta melodía homicida la trama se multiplica por varios aspectos: los principales quedan resueltos, y otros se presentan sin una resolución. Te toca pensar, después de leerlo, si existe la necesidad de darle una continuidad para obtener el resultado de aquellos.

Parte de la trama, el proyecto energético, aunque pueda resultar ficción, mucha ficción, también es posible que pueda entenderse como una realidad alcanzable en venideros años.

Llámame loco, ojalá algún científico capture con su pensamiento la propuesta que aquí lanzo.

Esta ha sido la causa de estos dos primeros libros —«*Jota; un largo día*», y este «*Jota; melodía homicida*»—, aunque la línea que sigue portando la narrativa tenderá a inclinarse por otros derroteros en pos de una mayor ciencia y ficción.

¿Y por qué dije aquello de sobreponer, a modo de antesala, aquel lejano plan de secuestro de un largo día para luego terminar por otro camino?

Todo quedará íntimamente relacionado, y serás tú quién podrá decirme si ando o no en lo cierto. Por aquellos días me faltaba algo con lo que dotar de mayor credibilidad a esta nueva propuesta que ahora te traigo. Así que mientras se producía la demora, y esperaba a que saltase la chispa, decidí cambiar el rumbo del tipo que, de manera incesante, pedaleaba sobre la pesada bicicleta. Semanas después, el 30 de agosto de 2018, la casualidad me llevó a recabar la suficiente información, la justa y necesaria, para poder ofrecerte ese gramo de verdad que necesitaba mi incursión en el proyecto energético que quedó sin desvelar en aquel pasado.

He de admitir que esta novela, independientemente del resultado obtenido como tal, me ha provocado largas y seguidas noches de desvelo que, incluso después de quedar terminada, seguí sufriendo. Esa es la misma sensación que se puede apreciar en el protagonista, pero que nada tiene que ver

conmigo; no es una historia basada en mí.

Todavía mi mente me juega malas pasadas y ya quiere que me ponga a escribir la continuación de esta melodía, mientras que mis manos solicitan acariciar las planas cuerdas de mi guitarra de *jazz*.

¿Y por qué, de nuevo, la música sirve como hilo conductor?

Permíteme que te responda con otra pregunta:

¿Podría ser de otra manera?

...

La música siempre ha existido, el instrumento primitivo siempre fue y será la voz. No concibo una manera de vivir sin que ella esté presente, y era necesario, para mí, expresarlo así.

Mas es posible que, en posteriores intervenciones del personaje —si es que las hubiere— el hilo conductor ceda, dando paso a otro muy distinto y que ya campaneaba en mi mente.

Pero retomando la música; en esta la carga no va por aquellos tablaos flamencos, no en la misma medida. Se abarca de todo. Lo nuevo y lo viejo queda recogido en este lenguaje universal que es la música. Acordes que se tornan en los distintos estilos que tienen por término llegar a cualquier persona que sirva de recipiente para albergar tan dispares estilos.

Se habla de flamenco, sí, un poco. También de *rock*, de *blues*, de *jazz*. Distintas voces, distintas hablas, distintas nacionalidades (España, Argentina, Inglaterra, Norteamérica) que dan por sentenciado que, verdaderamente, estamos ante uno de los pocos idiomas universales —otro de ellos es el amor y la pasión—. Hay muchos más que expresan sentimientos, pero no como estos tres que acabo de nombrar.

Espero que, tanto si seguiste mi propuesta como si no (aquella de leer el prefacio al final), hayas alcanzado una historia en la que no todo es lo que parece. Y en la que aquello que parece real, quizás lo sea, o tal vez no; todo depende de la

geometría y del lugar desde el que te posicionas.

PUNTO DE PARTIDA

AUNQUE NO SEPAMOS DE QUÉ SE TRATA; TODO TIENE UN COMIENZO, SIEMPRE.

—Capitán, siento mucho su pérdida...



Cuando César supo de la muerte de su hermano se sintió huérfano, huérfano de todo.

Nació cuando su hermano ya contaba con 24 años de edad. A su madre no llegó a conocerla, su vida se apagó a pocos minutos de que él llegase a este mundo.

Ella, a su edad, quería otro hijo, pero su médico de cabecera le aconsejó que se olvidara de esa idea, ya era mayor para un nuevo embarazo.

—Los 45 años de hoy no son los mismos que los 45 de antes. Por más que su madre o su abuela tuviesen hijos con esa edad no significa que usted pueda o deba tenerlos. La vida ha cambiado mucho, el sedentarismo nos ha hecho débiles, y podría poner usted su vida en riesgo.

Pero no hizo caso y siguió con su terquedad. Quería volver a sentir aquel ya olvidado calor maternal.

Ya, en cinta, su ginecólogo le advirtió para que no se esforzase y para que siempre estuviese bajo control médico. Todo parecía ir bien, pero después del parto una hemorragia interna se la llevó, arrebatándole así la vida y su sueño de cuidar de un nuevo hijo.

Su marido siempre estaba trabajando en la ebanistería. Su, hasta entonces, único hijo ya era mayor y, simplemente, no quiso verse sola. Pero los proverbios siempre están aquí, y hay uno para todo acontecimiento:

«Lo que no quieres que pase, pasará».

Ella no quería estar sola, mas de aquella manera acabó. No fue así para su nuevo hijo.

Claudio se hizo cargo del menor durante toda su infancia hasta alcanzar la adolescencia, y pasaría mucho tiempo hasta que aquel supiese de los turbios negocios de su hermano.

El benjamín se desarrolló como cualquier otro niño. Sí, le faltó la figura de una madre, pero jamás nadie lo supo. Claudio le inculcó el no mostrar debilidad, nadie debía compadecerse del pequeño.

—No tenemos que dar lástima, no somos víctimas de nada.

No olvides que somos Tergot. Siempre hemos sido los fuertes ante cualquier situación. Esas oraciones acompañaron al niño hasta que se hizo hombre.

Tergot: un apellido poco común de procedencia extranjera. Quiso averiguar si provenía de la antigua Unión Soviética, de países germanos o de lengua anglosajona.

Y cada vez que el niño preguntaba su hermano le respondía:

—Tu apellido está presente en cualquier parte del mundo y aquí, en España, que sepamos, consta desde los tiempos de la Inquisición. Varía mucho de los Fernández, Sánchez, Gutiérrez, y cualquier otro apellido que escuches. Aquellos vienen de descendientes de sirvientes de reyes. El tuyo no, tu apellido no le debe nada a nadie, nunca fue siervo ni esclavo —aquello, hizo que el niño sintiera gran orgullo.

Durante la adolescencia, a César, su predilección por la disciplina y la lealtad, le marcaron por la defensa de la patria y servir fielmente a su bandera. Claudio jamás le contrarió en ese asunto, prefería que su hermano no tuviese nada que ver con su organización de malhechores y criminales. Pero aquí se vuelve a aplicar el mismo proverbio, y terminaría por entrar en ella.

La falta de la figura materna apresó desde niño al joven oficial. Le hizo figurarse a la mujer como una deidad, el respeto hacia ella se convirtió en algo fundamental. Para César, que todo andaba en torno a la feminidad, no había mayor canción que la sostenida por una mujer. Su ideal le llevó a la música negra.

—El *rock*, es hijo del *blues*, y los demás estilos, como el *jazz* de Nueva Orleans, el *soul*, el *gospel*, el *doo-wop*, el *rhythm and blues*, y el *funk*, provienen del mismo sitio: los maltratados esclavos africanos que fueron repartidos por la Europa y las Américas. El flamenco también proviene de la misma raíz, misma procedencia. La única música que no vino de allá fue el rap, y también esta viene de los negros —defendía con gran

ímpetu cada vez que se hablaba de música.

Contaba con muchas referencias musicales, sobre todo de mujeres, siempre sus favoritas para cada género musical, e iría ampliando su abanico: Patty Smith y su «Horses» representó para el militar el máximo exponente del punk, y le excitaba escuchar la fuerza de la roquera Tina Turner.

La singular Tracy Chapman como cantautora lo llevó por la propuesta del *pop* y del *country*. Durante estos últimos años echó de menos las grandes voces de Whitney y de la rebelde Amy, aunque siempre prefirió en el *soul* las cualidades de Aretha y de Etta.

Durante sus años de militar, César decidió formalizar con una alianza su amor hacia Úrsula. Una mujer que aparentaba cierta pasividad y gran diplomacia, pero que en las distancias cortas era capaz de dominar al más valiente de los hombres, y claro, el joven oficial cayó en aquellas redes.

Le emocionaba enormemente tener una mujer que siempre plantara cara ante cualquier reto, disputa, o cualquier tipo de adversidad.

Jamás hizo nada que ella no quisiera y siempre estaba con los pies en el suelo, pero con las miras en la lejanía del futuro.

Cuando César se encontraba ya con ese rango de capitán, le ocurrió algo que trastornó sus planes de futuro y lo llevaron a encontrarse con la empresa de su hermano.

Aquel trágico accidente lo dejó postrado, por varios meses, en la cama. Lo alejó de por vida del servicio a la madre patria que siempre le hizo sentirse como lo que era, un fiel soldado.

Por aquellos días recibió la visita de su hermano. Le expresó el dolor que padecía, y la imposibilidad de realizar cualquier cosa por sí mismo le hacía sentirse como un saco de estiércol. Claudio, preocupado por el poco espíritu del hermano, vio en él el rostro de su padre, ese pobre ebanista que solo supo trabajar. Así se lo dijo a Úrsula.

—¿Y qué crees? ¿Piensas que tu hermano me eligió por mi hermoso cabello, mi acogedora voz, mis lindos ojos marrones o

mi culo jugueteón? No, tu hermano vio en mí aquello que tantas veces le contaste sobre vuestra madre. No te preocupes por tu hermano, ni por mí. Saldremos adelante. ¡Puedes apostar por ello!

Claudio, sorprendido ante el talante de la fémina, le contó a qué se dedicaba y cómo se ganaba la vida. Más sorprendido quedó cuando su cuñada no hizo ni un solo gesto de temor ni de desprecio.

La recuperación del capitán llegaría, gracias en parte a las intervenciones y habilidades de un cirujano amigo de Claudio, y al postoperatorio que aquel recomendó.

La única secuela que le quedó fue una leve pérdida de movilidad en la cadera izquierda. César no volvería a correr como antes lo hizo, tampoco le haría falta.

Después de meses de rehabilitación el capitán, reforzó su musculatura a fuerza de horas y horas de duro entrenamiento. Más tarde, su hermano lo reclutaría para su propia patria. Ahí fue cuando supo cómo Claudio se las gastaba: lealtad, honor, verdades y venganza, además de tráfico y crueles asesinatos.

Pero César no dejaría de asombrar a nadie; inteligencia, sutileza y perspicacia le sobraban, y pronto le harían sentarse a la mesa de los que realmente gobiernan el país.



Aquel día, cuando supo de la muerte de su hermano y mentor, el capitán dio un giro, en cuanto a sus obligaciones con la organización, y habló con su segundo al mando: Diego Bornos, un tipo muy peculiar, letrado y experto en procesos judiciales que contaba con apellido de escena de película de piratas.

—Vamos a dejarnos de medias tintas. Reúne a todo aquel

que esté en la trama. Y cuando digo a todo, me refiero a todos. Hay que evitar que se repita el tema de la traición. Mi hermano se confió demasiado, no caeré en el mismo error. No permitiré ningún tipo de traición, el plan debe llevarse a cabo. Ya ha comenzado el juego, hemos movido ficha.

—No habrá ningún traidor. Descuide, capitán.

—Claro que no lo habrá, por parte de nadie. Quiero que reúnas a todos los miembros de la organización que conocen esta operación.

—¿Para cuándo?

—La reunión será en Sevilla. Organízalo todo para que sea en un lugar privado. Nada de personas ajenas a la organización. No quiero nada de fiestas. Una reunión solo eso. El día lo pones tú, cuando lo consideres oportuno.

—¿Y qué pasará con aquellos que no puedan o no quieran asistir?

—Serán eliminados, no deberá quedar ninguno. Como se suele decir: o estás conmigo o contra mí. Y la no asistencia ya da lugar a que se esté en contra. No admitiré excusa alguna, salvo que el tipo en cuestión esté muerto, entonces será complicada su asistencia.

—Así será, capitán. ¿Alguna cosa más?

—Habla con ese tal Iván, que te facilite los datos de cada uno de los agentes de policía, sobre todo de David. ¿Dices que se lleva bien con el subinspector?

—Sí, Iván nos contó que mantienen una estrecha relación. Su padre prestó servicio a la bandera en el mismo barracón que el nuevo comisario. Muy unidos durante el servicio militar allá, a las afueras de Sevilla, en el cuartel de ingenieros. Y desde entonces son como hermanos.

—Habrá que tener muy presente esa información, nunca viene mal tener un as en la manga. Tal vez sea necesario reconsiderar mi propuesta de reunión.

—¿Qué propones, César?

—Algo muy sencillo, hemos diseñado un nuevo parásito,

una mutación más avanzada de lo normal, que permanece bajo un letargo que se activará en 8 días, y será letal. También tenemos una especie de antídoto para frenar a esa bacteria. Tendrán que tomársela cada uno de los miembros de nuestro grupo, sea interno, externo o infiltrado, y habrá que darles el antídoto semanalmente.

»Quien no lo haga morirá, quien nos traicione morirá, quien no cumpla con nuestras órdenes también morirá. Todos han de tomársela, aquí no habrá fisuras.

—Está bien pensado —no le dejé terminar suponiendo en que el parásito sería igual que el primero—, la falta de cobalamina en el organismo provocará la no producción de glóbulos rojos, y se notarán muy cansados. El parásito devorará los glóbulos rojos y parecerá que el huésped sufre anemia.

—Sí, se debilitará, pero no por esos síntomas, el ataque que sufrirá será de otra índole. El huésped buscará la forma de acabar con el parásito, y no lo conseguirá, no al menos por sí solo. El parásito original ataca a los glóbulos rojos, destruyendo también la vitamina B12. Esta nueva mutación hace cosas mucho más terribles.

—¿Y no podrá nadie encontrar una solución? Lo pregunto porque con tantos que seremos alguno podría ir al hospital y allí le podrían dar una solución.

—Puede que sí, aunque es poco probable. Quizá podrían dar con una solución, pero cuando la encuentren ya será tarde. Si el miembro del grupo no viene a por su medicamento en ese intervalo de tiempo, sabremos que nos miente o estará muerto. En cualquier caso, de una forma o de otra, si no viene morirá. Los sicarios serán la segunda opción.

—El problema va a estar en poder reunirlos a todos bajo ese epígrafe. Podríamos preparar una fiesta con motivo de tu partida a Sevilla, pero no sé de qué forma se administraría el parásito. ¿Tal vez en alguna bebida o alimento?

—¡Bien, Diego! La idea de la fiesta me parece bastante buena, pero debe ser algo discreto y a las afueras de la ciudad. Busca un lugar con las características necesarias, donde haya

un control de todo el personal, incluido las personas que vaya a servir la fiesta. Nada de actuaciones, cuanto menos personas estén involucradas tanto mejor. Únicamente los nuestros. Lo de la bebida o comida no me convence, habría que servirla por doquier y no es gran idea. Se podría preparar mi entrada a modo de espectáculo.

César quedó pensativo por unos instantes:

—¡Ya sé! Podría ser como dices, a través de una bebida, aunque no una cualquiera, un vino espumoso al final de la fiesta, que sirva como colofón. Inyectaremos el parásito en la bebida. Busca un vino espumoso que sea muy caro, pero sin pasarse. Que los que vayan a servir las copas sepan que es caro y que si falta alguna botella tendrán que pagarla de su bolsillo. Así evitaremos que los sirvientes también se infecten.

—Pero alguno si lo hará, lo sabes, ¿cierto?

—Sí, lo sé. Es un riesgo que tendremos asumir, por eso hay que tener un control exhaustivo de todo aquel que asista. Y hay que reiterar que no deben venir acompañados. Lo que menos nos haría falta es una pandemia incontrolada.

—Entonces, una vez tomada al final de la velada, habría que decirles, la nueva condición a la que quedarán sometidos. Así como también habrá que controlar que nadie se vaya antes del último brindis.

—Correcto. Y ya, de esta manera, sabrán qué camino les queda.

Hago los preparativos. La única incógnita que me queda por despejar será cómo lo haremos para que el parásito no te afecte. Porque el brindis tendrás que hacerlo. Doy por hecho que a mí me afectará, no tengo ningún tipo de problema en aceptar mi nueva realidad; no tengo familia por la que preocuparme, pero te afectará a ti también.

—No, Diego, no me afectará, ni a ti tampoco. Te necesito fuerte y sin temores, para que sigas ahí, informándome de todo hecho que se produzca en la mesa de reuniones. A esa fiesta en Sevilla también acudirá Millán, será quien ocupe mi posición

en la mesa. A petición mía aceptó. Y tampoco tendrá que afectarle.

—¿Estás seguro de que yo no? Has olvidado qué le pasó a tu hermano con Fausto.

—No, no lo he olvidado —el rostro del capitán se llenó de odio y furia—. No se me quita de la cabeza. Sin embargo, nos conocemos desde hace mucho y sé que no tienes la misma condición que el cirujano.

—¿Y cuándo comenzamos, capitán?

—Pronto. Primero habrá que dejarlo todo bien amarrado, que mi marcha a Sevilla sea lo menos notoria. Millán va a aprender todo lo que necesite, y va a tener que ser muy rápido. Es bastante déspota y despiadado, y por eso es perfecto para ocupar mi lugar mientras me ocupo de este asunto.

—No me gusta la idea. Es ambicioso y codicioso. Cuando se sienta tan poderoso no querrá dejar el cargo. Acabará por traicionarnos, y lo sabes.

—Puede ser como dices. No es algo que descarto. Ya le he implantado un localizador subcutáneo. Y mis sicarios siempre estarán ahí, a mis órdenes. Si vemos que se descontrola, pues contaremos con varias opciones para frenarlo.

—Sigo sin comprenderlo. Capitán, no te fíes de él y, a pesar de eso, dejarás que ocupe tu puesto en lo más alto de la cúspide de la organización.

—Conozco sus capacidades. Sé a lo que me enfrento con él. Y eso mismo es lo que busco. Van a comenzar a rodar cabezas desde lo más alto hasta lo más abajo. Sin saberlo me servirá de cebo: quiero ver cómo actuarán los demás y qué tipo de decisiones tomarán contra mí. Tranquilo, lo tengo todo muy bien estudiado. Por cierto, Diego, tenemos gente en Sevilla que, a mi manera de ver las cosas, traicionó a mi hermano, Fausto no fue el único. A esos habrá que ajusticiarlos antes de mi llegada, dejo tal asunto en tus manos.

—Comprendo, capitán. Hablaré con el sacerdote, él dará pronta solución...

—¡Bien! Lo dejo todo en tus manos. Marcharé a Sevilla, le haré una visita a un viejo amigo.

—¿Hablas del cirujano? ¡Ojalá se pudra en su celda!

—Descuida; lo hará, pero no con tanta diligencia

...

El aprendizaje y toma de posesión de Millán se postergó más de lo esperado. La esperada celebración de la llegada a Sevilla, del capitán, César Tergot Bandaver, se produciría el 21 de diciembre de aquel agónico 2017.



La primera charla entre el cirujano y el capitán se produjo nada más llegar este a la capital hispalense, cuando Fausto ya llevaba varios meses entre rejas. El capitán también quedó preso de la promesa que así mismo se hizo: la de acabar con el cirujano. Fausto no mostró ningún signo de asombro al verlo, sabía que era cuestión de tiempo el que César le visitase.

—¿Qué tal, viejo? ¿Cómo de bien te tratan por aquí? —Le saludó el capitán, como si no hubiera ningún tipo de inquina.

—Hola, César. Aquí estoy bien, tan bien como se pueda estar afuera, salvo que aquí no hay preocupaciones por nada; tienes cama y tres comidas al día, gimnasio, sala de televisión y recreo, biblioteca, pistas de juego. Los domingos hay partido de fútbol y me han elegido para ser árbitro, al anterior comenzó a faltarle la respiración, cosas que pasan. Lo que sí echo en falta es una camilla y utensilios que aquí se me escapan, esto está repleto de ratas de laboratorio con las que poder practicar.

—Veo que te has habituado bastante bien a las penumbras. Pero eso va a cambiar pronto, ahora que estoy en Sevilla me voy a encargar de subsanar ciertos errores que se cometieron

en el reciente pasado, y uno de ellos eres tú. Así que a partir de ahora vas a tener que andar con sumo cuidado hasta para ir a cagar.

—No necesito tus consejos. Sé cuidarme yo solito. Pero déjame preguntarte algo: ¿Qué hubieses hecho en mi lugar?

César creía conocer todos los secretos de Claudio, así que respondió con varias preguntas:

—¿Lo descubriste? ¿Cómo?

—El bocazas de Matías. Sí, también estaba jugando sucio, y con más de dos barajas. Me lo contó todo, así que hice lo mismo que hubiese hecho cualquier persona en mi lugar, lo mismo que ahora estás haciendo.

—¡Sabes! He de agradecerte que acabases con esa alimaña. Y también que te libraras de Miguel Ángel, nunca me gustó. No sé por qué Claudio siempre le tuvo en tan alta estima, la misma que a ti. Pero eso no va a hacerme desistir en aplicar el ojo por ojo.

—¡Suerte con eso! Ya nos veremos fuera, o tal vez acá, dentro, pronto o tarde, algunos de estos días, eso no importará.

—Si sales con vida de aquí; te estaré esperando. No te preocupes.

A partir de ese día no le faltaron problemas y quehaceres al cirujano, pero solventó todas las situaciones, a veces con ayuda inesperada.

EDUARDO

NO SIEMPRE EXISTEN LAS CASUALIDADES, PERO SIEMPRE EXISTE EL DESTINO.

Frío y calculador, tanto como el cirujano. Amante de las estrategias y siempre con una respuesta perfecta. Si hubiera una palabra con la que se le pudiera describir, esa sería «capaz». Así era Eduardo, el compañero de Jota.

A pesar de ser muy diferentes, eran uña y carne. A ambos les gustaba su trabajo y practicaban deporte juntos, poco más les unía. Salían cada mañana a correr por el parque. A Eduardo le encantaba visitar, durante la carrera, la Plaza de España, subir y bajar los peldaños que lo llevaban a la planta alta del edificio y cruzar por las escaleras mientras observaba la ría artificial que quedaba por debajo, además de mezclarse con los turistas y tomarse fotos con ellos.

El 3 de septiembre de 2017, se reforzaban plazas y lugares públicos de interés ante las amenazas terroristas.

—La iglesia celebra la onomástica de 13 santos: desde San Gregorio I Magno hasta San Vitaliano de Caudium —como católico y creyente que era, cada día consultaba el santoral y las onomásticas—. Además, Jota, también reciben festejos la beata Brígida de Jesús Morello y el beato Guala de Astino —le decía a su compañero aquel domingo.

—Gracias, Eduardo. Es bueno saberlo —le respondía con gran desinterés.

Eduardo siguió leyendo el diario de aquella mañana

mientras comentaba aquellos sucesos que más llamaban su atención.

—Tres heridos leves tras colisionar dos coches. Mayor seguridad en la plaza Virgen de los Reyes. La microbióloga Patricia Bernal participa en el Congreso de la Federación Europea de Sociedades de Microbiología, esta brillante mujer es de Morón, Jota.

Su compañero asentía con la cabeza mientras seguía con el desayuno y observaba al altísimo cura que a cincuenta metros de distancia se movía con gran inquietud. Decidió dejar de prestar atención a los comentarios de Eduardo y observar con mayor detenimiento, como si de un partido de fútbol se tratase, la jugada que tenía enfrente.

Eduardo seguiría con su retahíla, de los sucesos se fue al espacio de cultura del periódico.

—Concierto de Paco Candela en la plaza de toros de Utrera. ¡Qué maravilla! Lástima no poder asistir, con lo que me gusta el flamenco y las sevillanas —Jota, sin apartar la vista del frente, cambió de actitud.

—Pues no te preocupes, Eduardo. He sacado dos entradas para el concierto que Raúl Rodríguez dará el próximo febrero en el Teatro Central. Será el día trece, así que tenemos tiempo para hacer planes —Eduardo miró a su compañero.

—¡Joder, Jota! Faltan más de cinco meses. Para entonces podría estar muerto —su interlocutor reía a carcajadas.

—¡Claro, claro! No podías alegrarte. Ya tengo las entradas, así que ni se te ocurra morirte antes de ese día. Y si lo haces te mato —le dijo de forma jocosa. Ahora era Eduardo quién echó a reír.

—Vaya, compañero —volvió a los sucesos—, esta sí que es buena —Leyó literalmente la noticia:

«El tren extremeño sufre tres nuevos retrasos en plena operación retorno. Uno de los ferrocarriles ha salido de la estación de Atocha con un retraso de sesenta y siete minutos y ha propiciado una demora en otro tren Mérida-Madrid.

Además, otro vehículo que circulaba por varios municipios de la región ha tenido una avería...».

Miró a Jota y vio que no le prestaba atención, así que se fue a las noticias deportivas del diario, y nuevamente intentó captar la atención de su compañero.

—¡Oh! Jota, esta noticia te va a gustar poco. Menos mal que paso del futbol: «El Sevilla intentó el fichaje de Layún, molesto con el Oporto por no dejarle salir».

Jota, que no había dejado de seguir los pasos de aquel cura, se levantó de la silla sin pensarlo, mientras advertía a Eduardo, y corrió hacia el lugar por donde salió el sacerdote. Alguien estaba pidiendo auxilio. Había un señor muerto en la escalera del bloque de oficinas, entre los pisos tercero y cuarto. Nadie vio nada, solo Jota, que observaba. Recordó a ese cura que minutos antes salió del edificio. Se lo dijo a Eduardo y ambos se pusieron a buscar al sacerdote.

—Iba con dirección a Santa Justa —salieron hacia la estación de tren, pero, por más que quisieron, no dieron con él.

—A estas horas cualquiera sabrá dónde estará el maldito sicario —refunfuñaba Eduardo—. Y para colmo dejando mal a la Iglesia, como si no tuviera otros asuntos con los que lidiar.



Todo aquel suceso vendría de muchísimo más atrás¹, cuando César entró a formar parte de la junta directiva, cúspide de decisión que englobaba a todas las organizaciones criminales que operaban por España. Y, ante la cantidad de nuevas bandas de crimen organizado llegadas al país, las disputas por las competencias entre estas fueron en aumento,

¹ Memoria De Siglos — Hermética.

provocando nuevas detenciones y muchas más redadas. También que César Tergot Bandaver, como uno de los máximos dirigentes que era, envió a sus sicarios a solventar los pequeños desajustes que se producían.

Las tramas políticas también quedaban bajo la imperiosa necesidad de obtener una solución.

Poco después, el infiltrado del CNI que participó en la trama, acusó a varios peces gordos del partido podrido. Pero a ese topo no pudieron quitarlo del medio antes de declarar y, a pesar de su esfuerzo por destapar las cosas, en noviembre de 2017 acabó a la sombra de un agujero, como medida provisional, pero sin fianza, y todavía sigue allí.

Y después de la muerte del último imputado —o poco antes, ¡qué más da!— llegó el fallecimiento de otro que años atrás contrató los servicios de un sicario, y que también acabó suicidándose antes de cumplir con el trabajo encomendado.

Y otro muerto más se sumó; gallego y empresario, sucumbió en la época de más calor de aquel año, sumando así un imputado menos para declarar. Sus hijos no tuvieron la misma suerte y terminaron también con vistas al patio de la penitenciaría.

A mediados del mes de agosto, poco antes de la escena que Jota vislumbró, mientras Eduardo leía el diario, se fue el juez que llevaba la trama; un maldito accidente cerebral lo separó de todo, y el caso tuvo que ser depositado en la mesa de otro juez. De nuevo, el hado fue el culpable.

Más imputados para octubre de aquel funesto 2017, para entonces estarían criando malvas. Más muertos se sumaron al deseo de no poder declarar, otros no tuvieron la misma suerte y terminaron también en las celdas de alguna bonita cárcel.

Y más muertes relacionadas con la trama, productos de accidentes o muertes por enfermedades —que antes no tenían— hicieron disminuir el número de jueces, testigos y acusados de la trama. Nuevamente, se culpó a la mala suerte.

El capitán actuaba a pasos lentos pero incesantes, el cura se

ofrecía para confesar a todo aquel que César Tergot señalaba.

A finales de octubre, el ex jefe de prensa del sur vio el peligro en otro posible imputado con ganas de exculparse ante la justicia. El error fue de su moto que se lo llevó al borde de un barranco, y extrañas circunstancias hicieron que se lanzase por el precipicio. ¡Lástima! Era una de las piezas clave para resolver la trama, pero los accidentes de tráfico son más que habituales en las carreteras españolas.

Hubo quienes le plantaron cara al capitán y terminaron asesinados, por muerte natural, no sabida por nadie hasta un año después, cuando se le intentaba juzgar por malversación.

Las organizaciones criminales, de la mano del capitán — siempre presente en la trama política—, se vieron obligados a establecer algún tipo de acuerdos si no querían verse envueltos en las represalias estatales.

#

Los subinspectores se hallaban ya en la morgue, junto al cadáver y ante las pruebas obtenidas por los forenses; aquellas fueron concluyentes. Causa de la muerte: anoxemia.

—El individuo sufrió un paro cardiaco, posiblemente debido a la asfixia a la que fue sometido. Aunque esto último no podemos demostrarlo, no se muestran indicios de violencia ni ninguna otra marca que señale tal cosa —Jota y Eduardo quedaron perplejos.

—¿Y cómo es eso posible? —Preguntó Eduardo.

—Si tenemos en cuenta que la oxigenación de la sangre se determina insuficiente, cuando hay ciertos obstáculos que imposibilitan que el oxígeno vaya en sangre, ya sea por algún agente tóxico suelto en el ambiente, por obstrucción de vías respiratorias, o por ambas circunstancias, podremos concluir

que surgió la incapacidad por no haberse fijado el oxígeno en la hemoglobina.

»Y el pulmón se quedó sin aire que llevar a las células de todo el organismo. Eso es así, no hay más. Pero no hay símbolos de toxicidad, ni forcejeos, ni golpes, ni nada violento que pudiera causar la muerte —defendió Leonor junto a Pablo, otro forense que participó en la autopsia.

—Así que lo que nos queda por decir es que se trata de una asfixia mecánica espontánea —declaró Pablo—. Pura y simple hematosi.

—¿Qué significa eso? —Eduardo volvía a preguntar con gran insistencia mientras Jota observaba el cuerpo y elucubraba:

«Ningún signo de nada. ¡Cosa más rara! Sobre todo viendo lo visto: un sicario que... estoy seguro, pero no hay posibilidad de demostrarlo».

—Pues, porque si el paciente sufriera cierto tipo de patología neumóloga, o similar, se podría producir alguna obstrucción. Es como cuando se tiene asma, los bronquios se cierran y no llega aire a los pulmones, pero no es el caso del fallecido.

»O cuando se obstruye la laringe por algún tipo de alergia alimenticia. Por ejemplo: Pablo, tiene alergia al sulfito y, dependiendo de la cantidad suministrada, se puede quedar totalmente asfixiado, o si la cantidad fuese leve, pues perdería momentáneamente el habla —asentía Pablo.

—¡Vaya, Pablo! ¿Y eso cómo es posible? Quiero decir, ¿cómo se sabe qué cantidad o en qué tipo de alimentos viene reflejado el porcentaje de sulfito? Porque generalmente, por ejemplo, en el vino, se advierte que contiene sulfitos, pero no la cantidad.

—No te enrolles, Eduardo, que nos estamos desviando de la investigación —le advirtió su compañero. Eduardo se disculpó.

—Tranquilo, no pasa nada —resolvió Pablo—. El sulfito es una sustancia permitida en alimentos, pero hasta ciertas

cantidades. Lo que ocurre que es imposible controlar su uso.

—Suele utilizarse mucho en fruterías y pescaderías — Leonor le cortó y siguió con la explicación, acelerando un poco para poder terminar antes con la misma—. Por norma general, son muy utilizados en la industria alimenticia. Sirven como antioxidantes, hacen que el producto parezca fresco.

»En el vino no es tan malo, pues las cantidades no son elevadas y su uso está justificado en la última fase de fermentación, a pesar de que hay empresas que no lo precisan. Pero sí es verdad que se utiliza en exceso, sobre todo en pescados, para dar la impresión de parecer recién traídos de la lonja, cuando en realidad llevan días en neveras. Podrían provocar ciertas reacciones en el consumidor —sentenció la forense.

—¿Y? —Jota se quedó a la espera.

—Pues que este hombre, según las pruebas realizadas, no sufre ninguna patología, solamente una leve rinitis alérgica estacional. Pero estamos en septiembre, muy alejados de la primavera, por tanto, en este caso, no tiene cabida —determinó Pablo.

Nada más se pudo aclarar, por mucho que discutiesen y quisieran averiguar, no había nada que poder demostrar, y ahí seguían.

—Os lo vuelvo a explicar, ¡pareja de tercós! —Se enfadó Leonor mientras ellos fanfarroneaban— Vamos a suponer que la asfixia se llevó a cabo, tal y como decís, por un pañuelo u otro material de microfibras que no suelta partículas, que ahí es nada, pero vamos a dar por válido que fue así como ocurrió.

»Para ello, lo primero es que el individuo estuviese indefenso. Antes, y de alguna manera, le hubieran dejado inconsciente, cosa que no se produjo. No hay más, señores —dijo la chica con indiferencia.

El *modus operandi* siempre parecía ser el mismo: Muerte natural.

Así venía ocurriendo desde que César pasó a dirigir a los

más de 400 grupos de crimen organizado que paseaban por este estado. Cada uno de los líderes de estos grupos sabían que ese apellido; Tergot, estaba en la cima de las decisiones que se establecían dentro del país. Los hermanos banqueros —que presidían la rectangular mesa— siempre tenían en cuenta las opiniones del capitán. Tanto que terminaron por consultarlo todo con él antes que con nadie.

Nunca los negocios estuvieron más seguros ni fueron más prolíficos como en aquella época. Úrsula tuvo mucho que ver: más que esposa y amante, también era consejera del capitán. La idea de comprar empresas para blanquear el dinero de las extorsiones y los asesinatos salió de su boca.

—No es buena idea la de blanquear a través de empresas fantasmas; tarde o temprano se sabrá. Pero se puede blanquear comprando o invirtiendo en empresas reales. Aquí no podrá demostrarse nada —defendía ante su marido.

Poco después, y con la idea de crear un futuro plan de pensiones con vistas a un tranquilo retiro, los hermanos banqueros les recomendaron realizar inversiones bursátiles y con ello llegó lo de ser accionistas en empresas de cualquier sector. Las que más, fueron del sector de las comunicaciones. Las manos de los hermanos banqueros también tuvieron que ver, y mucho, en todas las demás inversiones. Podría decirse que aquellos grupos pertenecían a la misma empresa, con un único fin, pero con índole distinta: Chantajes y extorsiones a políticos, jueces y abogados.

La idea, por parte del oportuno gobierno estatal, esa de retirar a los cuerpos y fuerzas de seguridad de las lonjas hizo que la droga entrase, como se suele decir, a espuestas y sin control alguno. Toda una garantía que benefició a los peces gordos: ministros, diputados y parlamentarios también vieron la posibilidad de disponer de sus propios y succulentos planes de jubilación.

La organización tenía en nómina a oficiales de la guardia costera y aduanas que operaban en la costa española, desde el Cabo de Gata al de Finisterre. La zona del Mediterráneo apenas

les importaba, poco narcotráfico había por allí, aparte del negocio de las pateras y deportaciones, nada importante. El control de la droga y su alianza con la banca le hizo estar en la cúspide criminal.

Las fuertes inversiones en bolsa, agricultura y construcción de todo tipo de inmuebles, les reportó grandes sumas de dinero, así como un magnífico escaparate para blanquear su gran capital. Aquello los llevó a establecer un control férreo sobre tales posesiones, y a seguir prestando gran atención a las inversiones bursátiles y a la banca, llegando a crear así una enorme red de espionaje de la cual se encargaba personalmente Claudio Tergot, dejando todo lo demás a cargo de su hermano.

Todo iba muy bien, hasta que la trama de corrupción del cinturón alemán les estalló. La trama política fue descubierta por grupos de criminales extranjeros que pretendían entrar en España, y pensaron que, si entretenían a los mandamases con otros asuntos, podrían entrar de alguna forma en la que se suponía ser la principal entrada de contrabando y de cualquier tipo de tráfico a la vieja Europa.



Horas más tarde, y después de revisar el lugar donde residía, Los subinspectores pudieron averiguar que el fallecido no era trigo limpio. Hacía pequeñas extorsiones y se ganaba la vida con la venta de sustancias ilegales. Lo que llevó a los agentes a sospechar que aquello no fue más que un ajuste de cuentas, y archivaron el expediente, a la espera de encontrar otros indicios o situaciones que les diera pistas para resolver aquella muerte. Aunque se mantenía latente la hipótesis de un ajuste.

Dos días después se produjo un hecho similar, esta vez en

la ciudad de Osuna. La diferencia fue que aquel hombre si pudo contarle, pero solo atestiguó que no supo el motivo de su asfixia. El caso llegó a las manos de los subinspectores, quienes investigaron al señor y vieron que también tenía antecedentes. Decidieron no levantar la liebre y esperar a que aquel actuase. Y al día siguiente, otro más fue hallado muerto dentro de su coche. Las pruebas indicaban lo mismo, muerte por asfixia, pero sin nada más que aportar. La identidad reveló que también contaba con antecedentes.

Cogieron aquellos tres sucesos y se propusieron indagar; no conseguían ver cuál era el punto de unión entre las muertes. Al día siguiente, decidieron interrogar al señor que quedó con vida en Osuna, pero no hubo suerte, había desaparecido.

Ya habían transcurrido dos meses desde que César Tergot recibiera la noticia del asesinato de su hermano. Dejó de prestar atención a la clase política y a una trama de corrupción política que duraba desde que en 2008 estalló la burbuja inmobiliaria y destapó la trama de corrupción.

En breve, el capitán lo dejaría todo en manos de su segundo de a bordo todo, para centrarse en el caso de su hermano. Atrás quedarían los asesinatos que sirvieron como medida preventiva para que no saliesen a flote el fraude fiscal, las falsificaciones documentales, el blanqueo de capitales y la prevaricación, entre otros delitos.

Se sucedieron imputados seguidos de fallecimientos; “por causas naturales”, dijeron nuevamente. Imputados que siempre llegarían fiambres a los juicios, y si no se podía eludir la asistencia a juicio, pues se centraban en destituir a los jueces; los tentáculos llegaban a todos lados.

Los planes de César fueron fructíferos y, cuando todo parecía que iba a salir mal, se lanzaban ciertas cortinas de humos y se sacaba de la cárcel a quienes, según los criminales, no deberían haber entrado. Las cortinas, por aquellos años, y hasta entonces, marcaban las andaduras del argumento nacionalista, haciendo quedar atrapados a los independentistas en una trama que les era desconocida. El proceso, sin saber que

eran simples marionetas de una trama que se alargaría más de una década, seguiría en marcha.

César Tergot, seguiría atando cabos mientras creaba una estrategia para dar solución a la *vendetta* que tenía entre manos.

Mientras tanto, los dos amigos y subinspectores seguían sin nada a lo que sujetarse para resolver el caso, y de nuevo fue archivado. Demasiados ajustes de cuentas en tan poco tiempo, y ya se veía un claro patrón de conducta. Sin embargo, los datos de las cámaras de los edificios colindantes con las escenas no mostraban nada fuera de lo común. Solo el cura que vio Jota, y que fue captado por una de las cámaras, pero que no aparecía en los otros casos.



La madrugada del 9 al 10 de septiembre, mantendría muy ocupados a los subinspectores en una persecución que acabaría en tragedia.

Les resultó sospechoso; de nuevo un cura que salía a todo meter de una residencia. No lo dudaron y salieron a cazarlo, pero el tipo era bien escurridizo. La persecución los llevó por gran parte de la ciudad, partieron desde el casco histórico.

Por el Paseo de Colón fue imposible detenerlos. El coche perseguido se saltó todos los semáforos de la avenida. El concierto que Miguel Bosé dio aquella noche en el auditorio Rocío Jurado y teniendo en cuenta que era fin de semana, además de que seguía siendo época de vacaciones, provocó que la disponibilidad de los cuerpos y fuerzas de seguridad quedase mermada, pocos patrulleros andaban pendientes de la rauda persecución.

La dirección que tomó el sicario: paseo de las Delicias y recto por la avenida de las Palmeras, los llevó hacia Bellavista.

Poco después de dejar atrás el barrio de los Bermejales, dos patrulleros le cortaron el paso. En ese momento invadió el carril de sentido contrario, siguiendo por la calzada opuesta de la SE-30, hasta la entrada del barrio de Palmete.

—Entrando ahí ya le quedan pocas opciones al hijo de puta ese —sentenció Jota—. Eduardo, tira para el centro logístico de correos, tanto si conoce el barrio como si no, buscará esa salida. Querrá quitarse de encima a los patrulleros, pero callejear por la barriada no es lo más aconsejable.

Jota acertó en su pronóstico. Uno de los patrulleros siguió al vehículo que rodaba a gran velocidad por las rectas calles de la barriada. Otros dos cortaron el acceso al puente de la glorieta Forja XXI, mientras otro más obstruía el acceso al depósito de RENFE.

Cuando el sicario llegó a centro de Correos ya estaban los subinspectores a la espera; una nueva persecución se produciría por el barrio. El perseguido hizo un brusco cambio de sentido, bordeó por su lado derecho los campos de fútbol —saliendo por la residencia—, para luego coger a la derecha en busca de la carretera de Alcalá de Guadaíra, que une la A92 con la SE-30, pero también había un patrullero esperando y no le quedó más opción que intentarlo por el interior del polígono industrial.

Eduardo le seguía de cerca, como el galgo sigue a la liebre, provocando que la temeraria conducción del sacerdote fuera excesivamente brusca. La persecución llegó hasta la autovía de Málaga. Seguirían por la auxiliar uno detrás del otro, pedal a fondo y a pocos metros. La cuesta del puente de la fábrica de detergentes fue absorbida al instante y, estando en lo alto de aquella, el coche que iba delante frenó en seco, obligando al segundo a tomar una drástica decisión.

Y Eduardo la tomó. Decidió esquivar aquel vehículo antes de que su acometida provocase la caída de ambos —desde el puente hasta la autovía— y arrojarse a la calzada sin saber qué tipo de vehículo podrían ir circulando en aquellos decisivos momentos —los domingos por las noches son los días de